IV.

ANTES DE LA BATALLA.

El estrangero a quien el marques de Rio Santo saludó tan cortesmente, correspondió en los mismos términos, es decir, con una cordialidad y un respeto a lo ménos igual. Efectivamente, bajo la energía de su varonil rostro se reconocia una especie de humildad cristiana. El sacerdote inspirado que en la edad media fué el primero que levantó la Europa católica para precipitarla a la conquista del Santo Sepulcro, deberia tener aquel mismo mirar modesto y penetrante, aquella vasta frente encorbada bajo el peso de una abnegacion penitente.

—He visto partir a mis pobres hijos, dijo el anciano, teniendo aún cogida la mano del marques y mirándole fijamente.... los he visto partir y no he tenido valor para detenerlos. Vos, milord, los llamábais, ¿no sois tambien su padre? ¿No deben en gran parte su vida y la de su familia a vuestra inagotable munificencia? Pero en nombre del cielo, ¿cuál es vuestro designio?

—¿Son diez mil, no es verdad? preguntó Rio Santo.

—Sí, son diez mil, y serian muchos mas si no los hubiesen contenido los gastos del viage. No sé si esto es un bien, lo cierto es que nuestros paisanos de Connaubgt van perdiendo su confianza en las promesas del gran libertador.

—Esperad a mañana, interrumpió Rio Santo con cierta emocion en la voz; la carta que me anunciaba la llegada de nuestros hermanos, habla tambien de la vuestra; mañana os esplicaré.... mañana lo sabréis todo ...

—¿Y de aquí a mañana? preguntó el anciano.

Al mismo tiempo que hablaban en voz baja, se retiraron de la chimenea, al rededor de la cual se sentaron los demas asistentes, a saber: Waterfiel, Randal y Bembo, formando un solo grupo, y aparte Angus, conservando su aire absorto y sombrío.

Tambien Bembo estaba triste y preocupado, pasando su mano entre las finas lanas de Lovely, sin poner atencion ninguna a sus dos compañeros, que de cuando en cuando se decian algunas palabras.

—Signore, dijo al fin Pablo, se dice que sobre muchas cosas sabeis mas que todos nosotros; ¿podriais decirnos quién es ese caballero que está hablando con el marques de Rio Santo?

Bembo no oyó ó no quiso responder; despreciaba y detestaba todos los que componian la asociacion, esceptuando a Rio Santo.

—Eh, caballero, repuso Pablo con una sonrisa cáustica, dejad un momento a Lovely, vuestro rival en las buenas gracias de su señoria, y responded a los que os hablan.

—Gracias, respondió Bembo, de haberme comparado a Lovely.

—Paz, repuso Randal, apretando el brazo de Pablo:

¡y bien, Mac-Farlane! quién os ha roto la cabeza de ese modo?

Mac-Farlane tomó la paleta y avivó el fuego, y en seguida dijo:

—Hace quince años que vino a la quinta de Leed y me hechizó; desde esa época soy un malhechor. ¡Ah! permitir que se asesine es asesinar. Yo soy el asesino de Mac-Nab, y ahora.... ¡mis hijas! ¡mis hijas!

Y en esto reclinó la cabeza sobre el pecho.

—Que me caiga muerto, dijo Randal en voz baja, si este maniático no está meditando alguna cosa.... Le conozco; algun golpe trama.

—¿Qué puede hacer? dijo Pablo encogiéndose de hombros.

Rio Santo y su interlocutor volvieron hácia la chimenea muy despacio.

—Pensad, milord, decia el anciano con voz solemne; la espada de Dios debe estar sin mancilla, y las vias de la Providencia no se acercan nunca al camino del infierno. Sois poderoso y vuestro corazon ha concebido un designio noble y grande; pero os recomiendo que los medios sean tan puros como grandioso es el fin. Hasta mañana, milord: cuento con vuestra promesa; mañana sabré si mis pobres hijos pueden daros sus brazos y su corazon, seguir ciegamente vuestro camino y morir cristianamente muriendo con vos.

—Mañana no tendré ya nada que ocultaros, respondió Rio Santo.

Y diciendo esto acompañó al anciano hasta la puerta. Al volver se detuvo y se apoyó en la puerta, quedándose pensativo.

—¡Mañana! murmuró al cabo de algunos segundos. ¡Ah! este hombre tiene razon. La espada del Señor debe

ser pura y sin mancilla. Pero poniendo en la balanza lo bueno que he hecho, pesará mas que mis faltas....¡Despues de haber trabajado veinte años!....

—Hermano mio, prosiguió al fin, alargando la mano al laird: me alegro de encontraros aquí; hubiera sentido que faltaseis a esta reunion, donde se hallan juntos todos los que poseen una parte de mi secreto: hace mucho tiempo que os lo he confiado enteramente.

—Hace quince años, en la quinta de Leed, repuso Mac-Farlane con voz sorda.

—Amigos mios, escuchadme, saltò Rio Santo, escuchadme. Ya ha llegado la hora de descubriros todos mis proyectos.... Hace veinte años que yo solo he declarado la guerra a la Inglaterra en nombre de mi difunto padre y de la oprimida Irlanda. Hace veinte años que trabajo sin cesar.... Esta noche voy a dar la batalla y a decidir con un solo golpe el destino de la guerra.... Os he elegido mi segundo.

—Gracias, dijo Bembo.

El laird cruzó los brazos y dijo secamente:

—¡Ah! ¿esta noche? està bien, hermano mio, me alegro de haber venido.

—Todo está dispuesto, continuó Rio Santo; pero no creais que vais a ir a combatir como víctimas; la victoria está segura.... mas segura que si yo me llamase Fernando ó Nicolas, teniendo a mi espalda a los soldados del Austria ó de la Rusia. En el momento en que os hablo, la Irlanda armada espera la señal de la guerra; el pais de Gales, dispuesto a sublevarse, disimula la vasta conspiracion de sus habitantes bajo la forma de màscaras grotescas, y desenvaina la espada miéntras se les cree ocupados en llenar de caricaturas las paredes nuevas de las puertas de la administracion de derechos mu-

nicipales. Birmingham y los condados manufactureros se agitan por la carta del pueblo: allí tengo 50.000 soldados que solo esperan un grito dado en Londres para estrechar sus filas y marchar. En las inmediaciones de Londres innumerables reuniones han proclamado tambien la carta del pueblo, y el nombre nuevo de *cartistas* hace temblar en el consejo a los ministros del rey.

En Lóndres somos fuertes. Hoy mismo, rumores fatales han conmovido la Bolsa. La Inglaterra se cree amenazada de un segundo bloqueo continental. Todo el mundo teme; el comercio se turba; los capitales, sangre de las venas de Inglaterra, van a dejar de circular; el coloso va a caer en un acceso de parálisis. En estos momentos va a ser formidablemente atacada. Al mismo tiempo que la compañía de las Indias está llevando rudos golpes, y que deplora la pérdida de sus factorías, de sus buques y de su cien millones anuales de que el reciente edicto del emperador de la China contra el ópio va a privar a su tesoro....

—¿Y tú eres el que ha hecho, ó quien hará todo esto? dijo Fergus.

—Yo, yo solo, respondió Rio Santo.

—¿Y entonces qué queda para nosotros? preguntó Bembo, que temblaba de impaciencia y ardor.

—¡Mi hermano Fergus es muy poderoso! repuso el él aird antes que Rio Santo pudiese responder; cuandol habla, se obedece. ¡Ah! ¡qué contento estoy de haber venido!

—Gracias, hermano mio, respondió el marques. Y yo tambien me considero feliz de darte la mano a la hora del peligro, a tí, a quien he elegido entre todos para esplayar mi corazon.

Rio Santo continuó:

—La compañía equivale a la mitad de la Inglaterra. La otra mitad, la parte noble de este gran cuerpo, la cabeza y el corazon, en una palabra, el gobierno, están minados con igual energía y violencia. En este instante está reunido el parlamento, que nada dice sobre esto, temiendo hacer espantosas revelaciones, Whgis y Torys dejan a un lado el dèdalo de embarazos y de obstáculos donde ha conducido a la Inglaterra lo que ellos llaman la fatalidad.

¡Oh! si nada dicen, no es porque dejen de saberlo. El pauperismo estiende por todas partes sus espantosas llagas. No hay trabajo, solo hay montones de oro y ningun pan.

Sobre este cuerpo agotado van a caer nuestros golpes. Somos fuertes, a fé mia demasiado fuertes; y verdaderamente yo me avergonzaria de atacar, si nuestra causa no fuese tan santa, porque seremos veinte contra uno en la pelea. Contad conmigo nuestro ejército: Spitaelfields ha debido vomitar esta noche millones de tejedores audaces y turbulentos, irritados con la reciente baja del salario: S. Gil ha abierto sus cuevas, y ha arrojado fuera de ellas sus innumerables habitantes como una inundacion furiosa que no puede contener ningun dique: la Irlanda nos ha enviado diez mil soldados, que esperan mis órdenes: la *Familia*, en fin, de quien soy el gefe para dirigir sus poderosos recursos contra el enemigo, la *Familia* cuyos miembros son innumerables, coadyuvará a mis designios sin saberlo....¿Qué decis de mi ejército?

—Digo que algunas veces se os puede adivinar, milord, respondió Bembo.

—Es una vasta combinacion, añadió Randal con aire pensativo.

—¡Dios me condene! saltó Waterfield: no habia necesi-

dad de todo eso para reducir a la razon a algunos centenares de guardias de caballería y de otros tantos bribones azules ó encarnados.

El laird levantò dulcemente la cabeza.

—Sí, sí, murmuró, mi hermano Fergus hace todo cuanto quiere. Hace doce años que Mac-Nab ha muerto y todavia no le he vengado. Cuando se puede contener la venganza de un hombre sin matarle, es uno tan fuerte como el destino. ¿La voz de los sueños puede mentir? Ahora a Mac-Nab se agregan mis dos hijas. ¡Qué contento estoy de haber venido?

Rio Santo, que habia hablado hasta entonces con ardor y arrojo, se recogió un instante y repuso con tranquila voz:

—He aquí, amigos mios, cual es ahora vuestro sitio en la batalla; Angelo, id inmediatamente a la esquina de la calle de Santiago que estarà ahora llena de gente. Allí encontraréis algunos miembros de la *Familia* y quinientos irlandeses armados. Los gefes tienen un pañuelo liado al sombrero y esperan a su comandante; os haréis reconocer con la seña, que es ERIN: esperaréis y os aprocsimaréis al palacio de Buckinghan donde está el rey.

—¿Y qué debo esperar? preguntó Bembo.

—Esperaréis que un cañonazo os indique la señal para atacar el palacio de S. M.

—Está bien, milord: podeis contar conmigo, respondió Bembo.

—Vos, Pablo, iréis a White-Hall y os encargaréis del almirantazgo, de la tesorería y de los guardias a caballo. Allí hallareis gefes subalternos que os estàn esperando, no os faltaràn hombres.

¿La seña es la misma? dijo Pablo.

—La misma, é igual señal.

—Como soy, O'Breane, ó milord, si lo preferis, esclamó el antiguo matador de bueyes: debo deciros que me burlo de la verde Irlanda como de los antípodas; pero a pesar de eso haré lo que querais. Es cosa convenida.

—Vos, Randal, continuó el marques: os encargaréis del Parlamento, particularmente de los ministros, a quienes prenderéis.

Smith y Falkstone que están ya prevenidos, cercarán las oficinas de la compañía de Indias y el palacio de Sommerset.

—¿Y vos, milord? pregunto Randal.

—Yo, respondió el marques, os haré la señal con los viejos cañones de la Torre de Londres, donde sé el modo de introducirme.

—Vos, hermano Angus, vos me seguiréis siempre a todas partes.... no es este el momento de separarnos.

—¡Qué contento estoy! repuso el laird.

—Ya es tiempo de separarnos, continuó el marques: hasta la vista, Angelo; Dios os proteja, hijo mio. Hasta la vista, amigo Randal, y vos valiente Waterfield, espero que nos reunirémos pronto.

—Ojalá que no os engañeis, milord, murmuró Bembo con emocion.

Y en esto apretó la mano que le alargò Rio Santo. Randal y Pablo hicieron lo mismo, y los tres salieron por la puerta escusada que da a Belgrave-Lane para dirigirse a sus respectivos puestos.

Angus y el marques se quedaron solos.

Este último tomó un par de pistolas y se metió en el pecho un puñal corto. Mientras que estaba ocupado en esto, el laird, pálido y trémulo, atravesaba la sala dirigiéndose a la ventana, que abrió.

—¿Os sentis malo, Angus! le preguntó el marques.

—Sí, hermano mio, dijo con voz balbuciente el laird: sí me siento malo.... porque todavia os quiero: ¡si supierais cuànto os quiero! ¡Dios mio! me faltan las fuerzas. Yo no quiero ir contigo, no. La voz de los sueños.

—¡Otra vez! interrrumpiò el marques sonriéndose, ¿no ha concluido la calentura?

—¡La calentura! repitió Angus; escucha: ¿sabes por qué te quiero? Ahora mismo estaba resuelto.... Ahora.... Ah, hermano mio, te ruego que no vayas, no vayas.

Rio Santo se engañó y creyò que este repentino temor, provenia de los peligros que le amenazaban.

—¡Quita allà, Mac-Farlane! dijo el marques, esos son temores pueriles; si muero, moriré contigo.

Acercóse a la ventana y quiso coger la mano del laird; éste, que estaba entregado a una emocion irresistible, se arrojó en sus brazos llorando.

Las negras sombras se agitaban sobre la nieve, del mismo modo que los soldados formados en batalla se agitan a la voz de ¡atencion!

V.

EL ULTIMO PASO.

Apenas tocó Angus el carrillo del marques se retiró voluntariamente. Su rostro horrorizaba y su vista vagaba en el espacio cada vez mas agitada.

—¡Judas, judas! ¡he besado a mi hermano!

El marques se volvió a la chimenea y tocó la campanilla con fuerza.

—Que pongan el tilbury, dijo al criado que se presentó, y que enganchen el mejor caballo.

Pocos minutos despues que se fué el criado, Rio Santo bajaba el peristilo de Iris-House, arrastrando lentamente al laird tras de sí.

—Subid, Mac-Farlane, dijo Rio Santo.

El laird permaneció inmoble.

Suscitóse un rumor lento y casi imperceptible por toda la plazuela. Las personas que estaban esperando desde tres horas ántes, empezaron a marchar por la acera adhe-

rente a la verja, y poco despues estaban ya delante del peristilo de Iris-House.

Frank Perceval y Estevan que estaban apostados mas lejos, atravesaron la calle y vinieron a la acera dependiente de las calles de aquel lado.

En seguida se acercaron con precaucion al tilbury.

Rio Santo que habia dado una vuelta al rededor del carruage para acariciar a su caballo favorito volvió, y cogió el brazo del laird, diciéndole:

—¡Vamos, hermano mio, vamos!

—No, no, dijo éste tres veces, ¿qué importa la voz de los sueños?

Rio Santo le mirò atentamante.

—¿Qué teneis, Angus? le preguntó; el tiempo urge. ¿No quieres venir conmigo?

—Sí, hermano mio. ¡oh! ¡tened piedad de mi!.... Volved a la casa, volved pronto, voy a deciros lo que pienso... si supiéseis!....

Rio Santo dudò un momento, y al tiempo de poner el pié en el estribo, dijo:

—Quedaos ò venid, hermano mio, haced lo que querais; pero despachaos, porque tango contados los minutos.

El laird se arrojó al estribo despues de Rio Santo.

Este cogió las bridas, y levantando la cabeza para tomar direccion, notó por la primera vez dos ò tres hombres en medio de la calle.

Entonces concibió una vaga sospecha.

—Vamos, hermano mio, gritò Angus, cuya emocion aumentaba por momentos.

El marques notó a derecha é izquierda en las aceras algunos hombres que al parecer estaban esperando.

—¡Cosa singular! dijo.

—Vamos, hermano mio, repitió otra vez Fergus temblando.

Rio Santo levantò la vista, mirò y notò que el semblante de Angus estaba alterado.

—Milord, milord, dijo en este momento un criado que bajaba rápidamente la escalera del peristilo; esos hombres que os rodean están armados.... he visto....

—Sí, sí, interrumpió Angus; atropelladlos, ¡vuestro caballo es bueno!

Rio Santo midió con la vista el terreno que iba a recorrer y los claros que habia entre él y los hombres que le designaban:

—¡Clara, mi bella Clara! dijo dulcemente el laird.

El caballo enderezó sus piernas, levantó el cuello y estiró las orejas.

Rio Santo recogió las riendas, y dijo a media voz:

—¡Hop! ¡Clerc! ¡hop!

El caballo partió tocando la nieve con las narices.

—¡Clara, Clara! repitió el laird.... Lo habia olvidado. qué has hecho de Clara?

Hasta este momento, los hombres apostados por Estevan y Frank habian permanecido indecisos, esperando con ansia la señal convenida entre ellos y el laird.

En el momento en que este último hizo cejar el carruage, las personas apostadas se movieron y cercaron el tilbury.

—¡Ah, hermano mio! repusó Mac-Farlane con voz sonora, ¿qué has hecho de Clara.... qué has hecho de Ana?

Estas furiosas quejas eran un enigma para Rio Santo.

Su primera idea fué que estaba rodeado de agentes de policía, y que Smith ó algun otro le habian vendido.

En este momento, dos hombres agarraron la brida del caballo.

Reinaba el mayor silencio al rededor del tilbury. La puerta de Irish-House se habia abierto, y en las escaleras estaban ocho ó diez criados de librea mirando.

El laird tenia cogidas las bridas con una mano y con la otra tiraba de los faldones de la levita de Rio Santo.

Este le desvió con dulzura.

—Señores, dijo con voz sonora, tranquila y vibrante en medio del silencio: Yo me llamo D. José María Tellez de Alarcon, marques de Rio Santo. Soy grande de Portugal de primera clase, y encargado de una mision diplomática cerca del gobierno inglés. Si sois caballeros, creo que, despues de esta esplicacion, que no estoy obligado a haceros, debeis soltar las riendas de mi caballo y separaros. Si sois agentes de policía, os intimo que desocupeis la calle, contentándoos con este insulto brutal y contrario al derecho de gentes.

Ninguno de estos hombres se movió; pero Frank y Estevan, saliendo de la acera, vinieron a colocarse el uno a la derecha y el otro a la izquierda del marques.

—No hace mucho que el marques y yo, dijo Frank, nos hemos visto de cerca para tener la necesidad de decirle mi nombre y títulos.

El marques se bajó para ver mejor.

—¡El honorable Frank Perceval! murmuró con tristeza: se dice vulgarmente que las gentes a quienes se deja con vida por conmiseracion, se convierten en enemigos implacables. ¿Qué quereis, caballero?

—Vengo a pediros cuenta de un crímen bajo, y que no tiene nombre; y empinàndose le dijo en voz baja:

—Soy hermano de Harriet Perceval, milord.

—Y el amante desgraciado de María Trevor, añadió irónicamente el marques: os declaro que no tengo el honor de conocer a vuestra hermana.

—Es verdad, repuso Frank, la habeis matado sin conocerla.

El marques iba a pedir esplicaciones, y volviéndose de pronto se halló cara a cara con Estevan.

—Yo soy hijo de Mac-Nab, dijo solemnemente este último.

Rio Santo se estremeció de piés a cabeza.

—Caballero, continuó Estevan con calma, tened la bondad de apearos: ya comprenderéis que cualquier clase de resistencia seria una locura, y que será mejor para vos evitar la triste necesidad de valernos de la violencia.

Todos los criados y lacayos del marques eran ingleses; y así es que contemplaban esta escena con la mayor flema.

—Callad, sobrino mio, esclamó el laird, cuya turbacion se iba aumentado ¡hablais mal! ¡Ah! ¡cuando se aborrece es preciso hacerlo con fuerza!.... ¡Ha matado a vuestro padre y me ha robado mis dos hijas!

—¡Yo! quiso interrumpir el marques.

—Sí, las dos, Clara y Ana.

Y en esto se arrojó a Rio Santo y le asió por el pescuezo. Mac-Nab y Perceval quisieron interponerse.

En este momento, Rio Santo, que acababa de desasirse del laird, levantó la cabeza, y al ver esta accion, Frank y Estevan dieron un grito.

—¡La cicatriz!

El laird que habia sido arrojado violentamente por el marques, fué a caer en los brazos de Estevan y se oyó una voz imperiosa que decia:

—¡Soltad la brida, ó sois muertos!

Los dos hombres que tenian asido el caballo no obedecieron: en este momento se oyeron dos detonaciones.

—¡Hop, Clerc! ¡hop! dijo el marques.

El dócil caballo obedeciò al frente que estaba ya libre, porque los dos hombres cayeron rodando por la nieve.

El tilbury partió como un rayo.

—¡Cien guineas a quien le detenga! esclamó desesperado Estevan y echando a correr detras del marques.

Donnor de Ardagh esgrimió su largo cuchillo que tenia en la mano.

—¡Oh, Donnor va a detenerle por nada! El lord tiene su buen caballo, pero a la entrada de Belgrave-Street estàn empedrando, y los caballos no reparan en esto; si el tilbury me atropella, creo que cuidaréis del niño que està en San Gil.

Donnor estaba ya lejos y llegó ántes que los demas a la esquina de Belgrave-Street, precisamente en el momento en que el marques, detenido por el obstáculo indicado, volvia a galope para tomar el otro lado de la plaza.

Donnor se arrojó a las varas del tilbury, y fué arrastrado a pesar de los esfuerzos del marques.

Poco despues el caballo tropezó:

—¡Hop! dijo Rio Santo.

El caballo saltó y volvió a tropezar; a los diez pasos cayó muerto.

Donnor cayò ecsànime en la nieve, dando un grito de victoria. Habia conseguido meter todo el cuchillo en el vientre del caballo.

—¡Oh! dijo a Estevan, que venia corriendo: hasta ahora nada he hecho que valga el pan que me habeis dado y los vestidos de la niña.